



20 cts.

Aquí estamos...

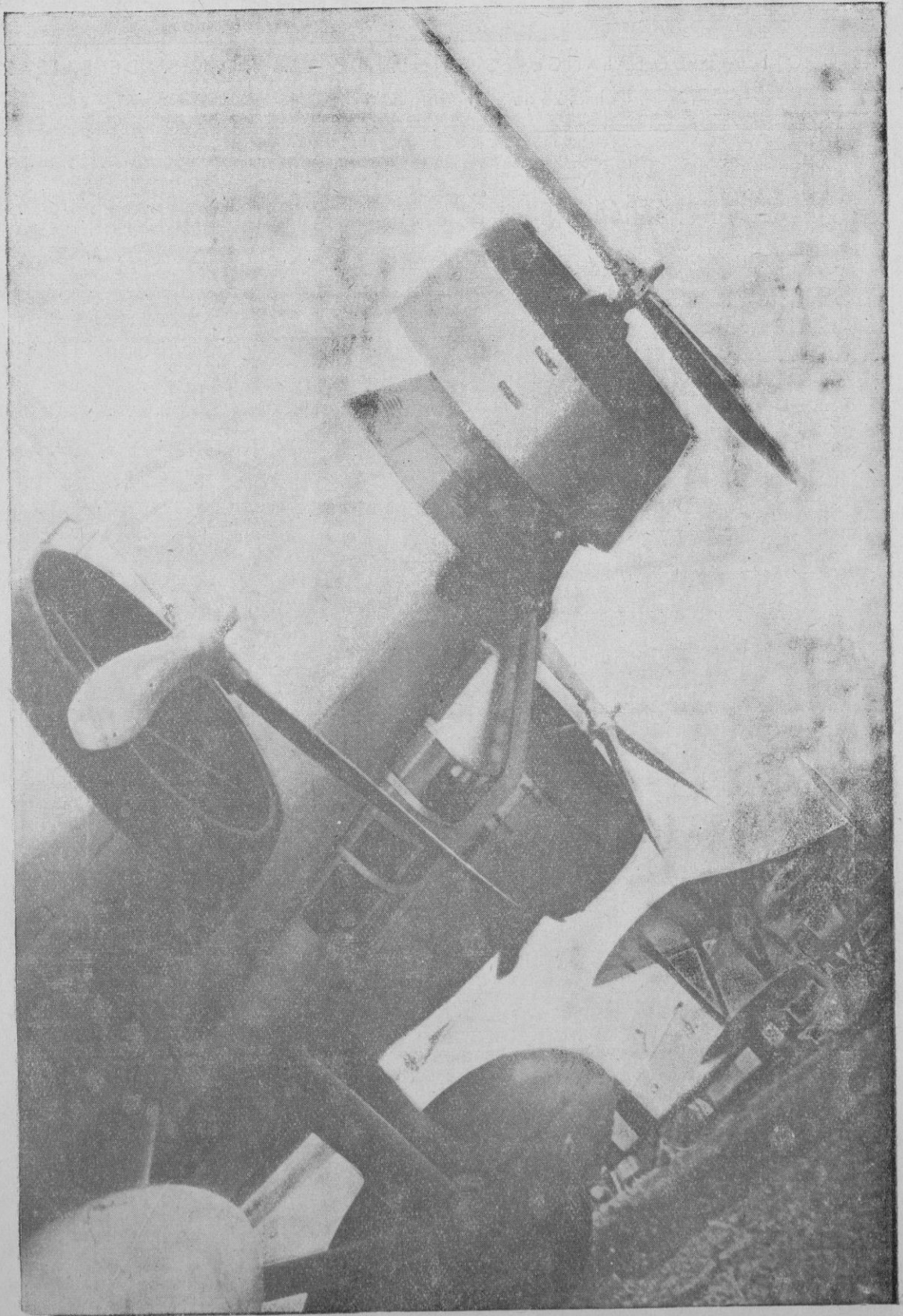
ORGANO OFICIAL DE FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S. DE BALEARES
AÑO 1 Palma, 26 de Septiembre de 1936 Número 10

La toma de San Sebastián

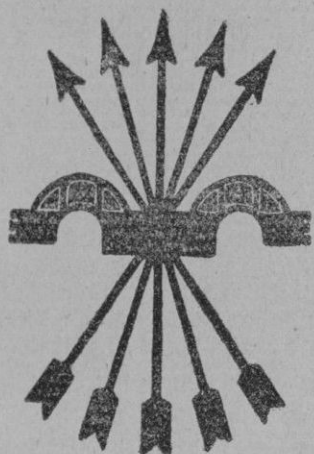


Una casa de San Sebastián bombardeada por nuestra artillería

Héroes del aire



La gloria de nuestros trimotores mirando al cielo como en un afán de levantar el vuelo «águilas de acero», para allanar a nuestro ejército el camino de la victoria



20 cts.

«No te creas que tu condición de obrero te atribuye derechos superiores a los del resto de la Sociedad; tus derechos nacen de que eres hombre y de que eres español, y como tal hombre y como tal español debes tener y mereces tener los mismos privilegios y ventajas que los demás hombres y los demás españoles, pero no más».

Aquí estamos...

ORGANO OFICIAL DE FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S. DE BALEARES

AÑO 1

Palma, 26 de Septiembre de 1936

Número 10

El Frente rojo

Eran jóvenes. Eran alegres. Los que los asesinaron no pensaron en ello, ni pensaron en los llantos de sus madres. No olvidaron, sin embargo, el remojar sus gargantas en la suciedad de la taberna. Los que les asesinaron llevaban la marca inconfundible de degenerados.

Fueron los mismos que nos prometían paraísos rojos, los que nos aseguraban con aire de triunfo que en Rusia no existía el matrimonio y que se podía gozar ilimitadamente de sucios placeres. Fueron los mismos que vendían postales clandestinas en los cabarets de los bajos fondos.

Los nuestros eran alma y vida de España. Sus camisas azules marcaban un perfil claro de días disciplinados, limpios y heroicos. Sus ¡ARRIBA ESPAÑA! contrastaban con los gritos infames de los homosexuales que los asesinaron. Y es que en las filas de la anti España bulle todo lo zafio, todo lo repugnante, todo lo degenerado.

Miradlos, ahí los tenéis. Son infamia y podredumbre; el chulito pistolero, la niña comunista, estudiante en apariencia, el poeta revolucionario, amigo del cabaret y fabricante de poesías chabacanas; los literatos rojos, grandes creadores de artículos de compraventa y comerciantes de pasquines y manifiestos subversivos; los líderes socialistas, burgueses llenos de millones mal ganados que se atreven a hablar de los «pobrecitos proletarios».

No hay más: ahí los tenéis a todos; ellos forman el frente rojo.

¿Los obreros? Los obreros son sangre y suelo de España, son energía y vida de España, son parte de los nuestros. No les creais enemigos aunque gritasen contra nosotros, aunque nos apedreasen, aunque fueran capaces de disparar contra nosotros. No, camaradas; no son enemigos todos los que os miraban con malos ojos cuando voceabais nuestro periódico, cuando repartíais nuestras hojas. Son parte misma de nuestras falanges.

Ha llegado el día en que todos los españoles nos abracemos con sincera emoción, el día a partir del cual ya no caerán más nuestros, ya no habrá más luchas, ya no habrá más partidos. Ese día veréis, camaradas, como todos los que hasta ahora considerábais enemigos levantan su brazo en signo de amor, en signo de imperio y también veréis como ese frente rojo — y ese poeta revolucionario, ese chulito comunista, ese banquero socialista — huye otra vez a sus antiguos menesteres: vicio, podredumbre y degeneración.

Ese día ha de ser de paz entre los hombres y en él veréis sonreír a nuestros camaradas muertos formados en el más hallá y gritando un superhumano ¡ARRIBA ESPAÑA!

Dificultad

Si alguno imagina que la Falange se ha desarrollado o se podía desarrollar a fuerza de dinero y facilidades gubernativas se equivoca. Aparecimos el 29 de Octubre de 1933, con este designio formulado bien claramente en letras, obras y palabras: «Queremos las cosas difíciles y venceremos con las difíciles». En él hemos formado nuestra naturaleza y el tiempo fácil y cómodo con la Falange no lo veremos nunca porque mañana poco más o menos, el Estado nuevo, para lograr a España en el mundo un puesto al sol, tendrá que librar una batalla muy parecida a la que la Falange está librando para librar un puesto al sol dentro de España. Esto se traduce en una afirmación sencilla: «El Movimiento prefigura en todo al Estado». Lo que decían ayer en cuatro tertulias de café de Madrid lo dirán pasado mañana en cuatro cancillerías europeas: «Eso es una locura». La locura seguirá adelante, imponiendo cordura a las tertulias de fuera, como lo ha impuesto a las de dentro. Las dificultades crecen, crecerán en buena hora como hechas a nuestra medida, y todas las previsiones de los pávidos, de los apocados, de los resentidos han fallado una tras otra. Dijeron que un movimiento como el nuestro no podría crearse en España y ahí está multiplicándose por toda España. Dijeron que tenía que ser un movimiento de derecha, una guardia de los capitalistas. Y ahí está con la hostilidad de las derechas y sin un capitalista en sus filas. Dijeron que no podría con la F. U. E. en la Universidad. Y ha podido. Dijeron que se harían de las camisas. Y España — está paradójica y admirable España — ha sido el único país de Europa donde

nadie se ha sabido reír ante la aparición de las camisas y donde la actitud nacional más ha respetado el acontecimiento. Las dificultades—venido el cúmulo de las primeras—crecen, pero las vemos ya crecer con una seguridad perfecta. Crecen ante ellas nuestra fuerza tranquila, nuestra infinita despreocupación, nuestra libertad absoluta.

Hemos contado siempre con el mínimo de elementos materiales para sostener el espíritu, pero el resultado nos ha venido a confirmar un axioma antiguo de los hombres de fé: «Que el espíritu se mantiene mejor precisamente con el mínimo de elementos materiales». Así hemos vivido con el mínimo de dinero, con el mínimo de periódicos, con el mínimo de centros y oficinas, con el mínimo de actos públicos, con el mínimo de aprestos de todo orden en proporción con la rectitud y el empuje del Movimiento. En el mundo todas las grandes ideas revolucionarias, empezando por el cristianismo, se han difundido así y solo así. Óptimas o pésimas, todas las revoluciones europeas han venido por este camino de la pobreza y la dificultad. Y si no, no hubieran sido tales revoluciones cuando el ambiente de la comodidad establecida les hubiera hecho un lugar cómodo y fácil para desenvolverse. Así, para nosotros, hoy dificultad equivale a normalidad. Naturalmente, los pocos medios materiales de que disponíamos nos han producido su máximo rendimiento espiritual.

Los partidos de intereses se desarrollan como los intereses y nunca se difunden entre las gentes como una fe, sino como los anuncios de jabones y de automóviles. Sus prosélitos se consiguen como clientes a fuerza de publicidad cara y de ventajas prometidas.

Entre nosotros todo el mundo trabaja y se alista sin obtener una sola ventaja. Eso hace que las gentes que a nosotros vienen tengan que ser de las mejores...

Solo pueden venir a servir a Espa-

ña. La Falange no sabe hacer sino esto: aceptar en nombre de España el servicio y el sacrificio de los suyos y dar a este servicio y a este sacrificio un profundo sentido.

Y su lugar en la edificación de la España futura. Nada más. Nada menos.

Todavía la Falange a las dificultades que el exterior nos presenta parece esforzarse para añadir dificultades interiores, porque el clima interior de la Falange se vuelve cada vez más riguroso, más exigente, más difícil. No es para los débiles ni para los hombres de alma rota, resquebrajada y resentida. Esos no pueden vivir entre nosotros. Generalmente ni se atreven a entrar. Pero si entran acababan por irse en buena hora.

La selección de hombres que este doble clima de dificultad material y espiritual nos produce es uno de los fundamentos de nuestra fuerza.

Algunos piensan que al decir estas cosas y otras parecidas descubrimos los métodos espirituales en que se cifra nuestra íntima naturaleza, y nos prestamos a ser imitados por otros movimientos. Es pueril. Estas cosas nunca se imitan. Son demasiado caras. Se hacen o no se hacen de verdad. Si alguien gustase y entendiese tanto de estos estilos como para hacerlos eficaces gustaría y entendería también tanto de la Falange que tendría que entrar en ella. Muchas cosas nuestras en obra y en palabra han querido imitarse con resultados irrisorios que todos recuerdan y ni vale la pena de recordar. Ayudémonos unos a otros y ante todo, ayudemos a la Falange en la dificultad que por todas partes hemos de vencer y que es inevitable como lo ha sido la victoria. Hasta estos momentos, la desproporción entre los medios con que cuenta la Falange y la cantidad y espíritu de sus afiliados es enorme. Dios quiere que de todo haya de salir y España con nosotros.

¡ARRIBA ESPAÑA!

De interés para nuestros coleccionistas

Esta próxima semana se pondrán en venta, las reproducciones de los ejemplares de los números 1 y 2 de nuestro semanario que aparecieron clandestinamente antes del 19 de Julio.



Nosotros hablamos claro y derecho, porque tenemos el alma clara y derecha. Los que hablan con oscuridad, con habilidad, con reservas y torceduras es que tienen el alma oscura y torcida. No negamos lo que una vez decimos. Si decimos «sí» lo repetimos «sí» aunque cueste la vida. No tenemos nada entre dos aguas en «quizás diríamos» e n «acaso sería posible». Queremos ser, ante todo, prontamente atendidos, sin vicios de cautela ni pusilanimidad. «El habla sencilla es hermosa». Queremos hablar con claridad con franqueza, con resolución. Hemos puesto nuestra verdad en campo de batalla. Ahí está bien.



«¡Jóvenes españoles! Hay que lanzarse a la conquista de España y darle una personalidad propia y esto lo conseguiremos en cuanto España tenga una unidad de pensamiento.»

Mirando al porvenir

(Continuación)

Creo en la potencialidad constructiva de la Estirpe.

El grandioso movimiento nacional de nuestra Patria — que es resurrección, gesto heroico y epopeya—surge grandiosamente de las mismas entrañas profundas del espíritu español, como algo que corresponde a la fecundidad prolífica y generosa del alma histórica.

No es posible filosofar sobre este movimiento heroico bajo un prisma simplista. Trátase, en efecto, de un hecho colectivo harto complejo, que envuelve un profundo sentido filosófico. Sería sencillamente infantil creer que, después de este movimiento—que es coyunda, revancha y promesa—, cuando callen los cañones y la paz sea restablecida en todas las regiones, España ha de seguir siendo lo que fué durante la última monarquía. El gesto de hoy es un gesto de altivez que corresponde a una convicción profunda y señala un parvenir completamente nuevo. Por él, España cambiará de rumbo, valiéndose de medios muy nuevos y muy antiguos; tan nuevos, como es el conocimiento de que cuanto juricidad establecida después del Renacimiento y sobre todo en los últimos años, es nociva; y tan antiguos que, por sobre del Renacimiento, se posará nuestra mirada en la sindicalización medieval, en las comunas y en los gremios de antiguo abolengo español, para llegar a una sindicalización perfecta y consiguientemente a la destrucción de cuanto—bajo el nombre de trusts sin alma, vasallaje al capitalismo, compraventa de la libertad con la moneda o la cotización del voto individual, etc.— ha causado nuestra ruina.

España debe cambiar y cambiará completamente de rumbo, valiéndose de sugerencias añejas, vinculadas en el alma de la Estirpe, y de medios nuevos y eficientes, por lo que alcanzaremos nuestros fines colectivos, dando una máxima fecundidad social, económica, intelectual y científica a las posibilidades del espíritu,

del corazón y de la inteligencia española.

La decadencia impuesta por las camarillas palaciegas del siglo XVII, acelerada terriblemente por los llamados partidos políticos (mesnadas de esclavos al servicio de los más ambiciosos) y la lamentable mediocridad de nuestros hombres de gobierno, ha llegado después de la proclamación de la República y sobre todo en estos dos últimos años, a un período crítico de abyección intensa y malsana, a un estado psicopático colectivo que ha llegado a todas las infamias, a todos los sadismos y a todas las locuras. Esta crisis profunda ha conmovido inmensamente el alma histórica, caballeresca y sana del pueblo español, que vibra en la actualidad en un anhelo inconmensurable de redención y de perfeccionamiento individual colectivo, llegando al ansia inmensa de la propia superación. ¡Bienvenido sea!

Este inmenso anhelo deriva biológicamente de las mismas posibilidades de la Estirpe tradicional; radica en el sentimiento atávico de la Patria y de la nobleza genuinamente española, que todos sentimos en lo más hondo; en el poder inmortal de la gloriosa Estirpe que nos dió el ser; en la capacidad transcendental del alma histórica de nuestro Pueblo. Tanta es su gallardía que, lógicamente, hemos de creer que el rumbo será muy diverso al de antes. Los hijos de España darán cuanto deben dar. Y ésto, sin prisas. Todo vendrá a su tiempo. Cuando estas juventudes de España hayan obtenido el perfecto conocimiento de sus propias posibilidades, cuando se hallen suficientemente instruidas, entonces, merced a unas sabias directivas, habrá llegado la hora de establecer triunfalmente lo que deba establecerse. Entonces la Patria resurgirá realmente poderosa, avizorando un porvenir hola-güeño como nunca. Entonces seremos os que debemos ser. Y la Historia del mundo registrará el hecho histórico

como consecuencia legítima de este grandioso movimiento nacional que nos conmueve, estimula y fortifica, como base de aquel porvenir que ya vemos en lontananza, lleno de prometedora fecundidad. Y cuando llegue, seremos el resumen fascista en sentido español, y, consiguientemente la prolongación de nuestros abuelos.

III—Los movimientos nacionales de las grandes naciones modernas

El movimiento social y político de Italia, que tuvo su germen en el glorioso *Rinnovamento* de 1919, cristalizando en 1921 para contrarrestar y hundir definitivamente el comunismo invasor; como el de Alemania, cuya intensidad correspondía al atán colectivo de una reivindicación más bien de origen afectivo, con la fundación, en 1922, de la *Deutsch-Völkisch Partei* (Partido popular por la libertad de Alemania) y la posesión del *Reichtag* en 30 de enero de 1933; el movimiento del Pueblo Argentino, dirigido por el General Uriburu, de 6 de septiembre de 1930, el cual asumió el gobierno de la nación «respondiendo al clamor del mismo pueblo», zarandeado por los partidos políticos contradictorios, clamor que no era más que la expresión de «una reacción salvadora», que más tarde sostuviera San Justo. El movimiento de Portugal, harto conocido, que ha puesto a este Pueblo hermano, tan generoso, en las vías de una admisible superación histórica, etc., son movimientos espontáneos que corresponden a unas mismas ansias de reformación integral de las averiadas máquinas del Estado, y aún de los súbditos, de prosperidad y de fecundidad nacional en orden a destinos transcendentales de la Historia.

Si el anhelo es el mismo, y es exigencia común de los mismos valores vitales de aquellos pueblos, los medios conducentes a este fin de perfeccionamiento y de superación, no son idénticos en aquellos pueblos, ni lo es tampoco el ideal de construcción de una vida nueva. Y esto es porque cada pueblo tiene su fisonomía propia, que no es posible disimular, ni menos destruir. Un pueblo no nace en un momento determinado, sino que se forma a través de muchas generaciones, creando una tradición y una historia por las que queda a través de muchas centurias perfectamente delineado, delimitado y personificado. No es posible disimular o destruir este hecho. De aquí que todos los grandes movimientos nacio-

nalistas, teniendo una finalidad común de redención, de esfuerzo y de ansias colectivas y raciales, se manifiestan diversamente en cada uno de los pueblos cuya vitalidad y energía aciertan en producirlos en el preciso momento señalado por las circunstancias favorables.

De esta suerte también, como es uno el maravilloso movimiento fascista de Italia y es otro el de Alemania, España encunará esa moneda de energía, ese valor vitalísimo de la estirpe, que ha de registrar la Historia de sus páginas más gloriosas, con el relieve de su propia figura.

Sin tomar en consideración parciales y posteriores mezclas con otros pueblos, los actuales españoles somos el resultado de la íntima unión entre celtas, iberos y primitivos pobladores de la península.

A través de calamidades sin cuento, nuestra raza ha conservado aquel indomable valor, aquella lealtad sin límites y aquel amor a la independencia que eran el distintivo de los pueblos antes citados. Tales virtudes tienen como enemigo poderoso el invencible espíritu de individualismo, causa directa de grandes desventuras nacionales, que es preciso combatir intensamente como calamidad odiosa que nos persigue a través de los siglos.

GEOGRAFÍA IMPERIAL

Nos quedan todavía muchas cosas por hacer.
En el azul de los mapas, balcones de poesía.
Ventanas en las naranjas de áspera geografía.
Aires de estepa en la Tierra. ¡Todo es cuestión de querer!

Doblan al Atlántico como a un pañuelo
y encerrarlo
con el suave membrillo de la gloria
en la casa de un noble castellano.

(Al Mediterráneo, no.
Es un ave de corral junto al Levante español).
Como un pañuelo de toros.
Jugando en las cuatro esquinas
—desfile de las cuadrillas—
acorazados en corro.

¡Salero!

Los organillos de acero
para que Inglaterra aprenda
gramática del toreo.

Inglaterra:
las mejores fundiciones.
Y los soles españoles.

Ajedrez del mundo entero
para que España le otorgue
un jaque mate al tablero.

(Al Mediterráneo, no.
Es un ave de corral junto al Levante español).

Nos quedan muchas cosas por hacer.
Todo es cuestión de querer.

Milicia y Universidad

En la primavera de 1936 se puso en pie la estatua yacente del Cardenal Cisneros. Ahí, en Alcalá de Henares, que no es la del estadista. Ahí, piedra castellana y rumor de latín, universidad imperial y lenguaje universal, donde está enterrado. Por los claustros sopla el aire y corre el aroma del endecasílabo:

—Aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados—
Este ruido, este soplo revive al Cardenal en el V centenario de su nacimiento. Pero, ¿nada más que eso? ¿No despierta el alma, como enton-

ces—1516—tumulto de montin y bandadaje? ¿No angustia el cuerpo lívido, hundido en la hondura del sepulcro la angustia española?

Cuerpo y alma. Milicia y Universidad. Destino de España, de la mocedad española. Se alistaba en los tercios y marcando el paso, de doce en fondo, iba por los caminos del mundo, bajo católicas banderas, hierro y seda. O se alistaba en la Universidad—milicin también—y ya marcaba los caminos de la cultura para las gentes del mundo. Así, en romería, se hacen anchos los ciclos de la

cultura. Y vosotros, falangistas de la ciudad que es una camelia enfebrecida, sabréis por qué en Santiago, al final de una ruta carolingia surgió una Universidad.

La Universidad y la milicia introducen orden de idéntica manera. Cada mañana, en el aula se pone disciplina intelectual: Silogismo, declinación de musa musae. Cada tarde, en el campamento se pone disciplina al cuerpo.

El fino estilo español no se satisface entre fronteras. Siente la nostalgia de conquistar mentes y países, siempre en marcha. Capitanes van dándole al aire de todo el mundo el grito de España. Pero, también un cielo artillado en teólogos, predice virtudes militares. Leed a Vitoria.

Es la auténtica angustia española: Mantener unidas, en identidad esencial, armas y letras. No valían discursos de supremacía ante el motín del solar ibérico. Ni eran ni podían ser divergentes, «porque milicia y Universidad iban marchando por mil meridianos y todos los meridianos conducen al mismo sitio: A Roma». Y a Roma se va por todos los caminos.

Hay que ganar meridianos para fundar Universidades. Hay que fundar Universidades para ganar los ciclos de la cultura. Unos y otros alcanzó el Cardenal Cisneros, ganando la gloria española al morir en el amanecer imperial, cumplida su misión de crear los dos brazos españoles. Dió a España orden y disciplina, alegría y primavera. Universidades de Alcalá y Valencia. Lanscanetes de hierro. Pardas milicias de soldaditos para el objetivo cesáreo. Ya no es manca Castilla y ya luce el sol imperial y las flechas falangistas y ahí, en Italia, en Flandes, en las Indias, por la noche, cuando el sol se pone, un soldado escribe un libro encima de alegres tambores. Pero un día suenan a luto las compañías. Se aborrascan los puros cielos. El sol cae definitivamente. Caen y se acaba el destino de España, en ese momento: En el divorcio de las armas y las letras.

Todo es entonces miseria y luto,

El compañero muerto

Tendido sin vida lo ví en la cuneta, sus manos crispadas y ojos entreabiertos.

Jamás podré borrar de mi mente la horrible impresión que me produjo contemplarlo inerte.

Era el compañero querido y valiente, el que reía siempre de la muerte.

Y aquel día aciago fué adversa su suerte; traidora granada lo hirió gravemente.

Y él, en su agonía, siempre sonriente, un grito lanzó, un grito de esfuerzo.

Grito que él lanzó antes de dejarnos e irse para siempre.

Y murió sonriendo como muere el héroe.

rotas y tristeza. ¡Qué triste está Castilla y qué triste esa bandera de Spinola; a la que se pone un lazo de luto! ¡Qué tristes los días que se anuncian! Pero más triste está el Cardenal cuando el viento del Cantábrico le cuenta que en Asturias se ha destruido una Universidad por los insurgentes de octubre y se empaña al ejército.

Milicia y Universidad, destino de España. Se quiera o no se quiera. Cátedra y Campamento, claras espadas, claras verdades y razones a tumulto de Castilla.

Al tumulto de Castilla, que vuelve. No son ahora los nobles, sino la confusión incivil. Pero es lo mismo. Mitines rojos, agarrados a las farolas. Rencor y odio marxista y separatista. En Cuatro Caminos, delirio rojo y sopor del opio ruso en folletines. Sopor de siesta parlamentaria y delirios de fantasía oratoria. Ha vuelto el bárbaro a su conquista y corroe la Universidad y el Ejército, más iguales que nunca en sus heridas y en su dolor.

Cisneros ha muerto. ¿Quién se dirigirá ahora la a raíz española para recordarle su origen, su savia, su rango, o para decirlo de una vez: su destino? ¿Quién se dirigirá al tumulto

hispanico, desde el ancho balcón castellano para enseñarle sus poderes? Es su alma. El alma del Cardenal, que, en este V centenario que se acerca, siente la esperanza de la España desesperada: La juventud española, unida en Universidad y milicia. Esa, que ya limpia de azul, azul universal, el cielo oscurecido por el marxismo. Otra vez se dan primavera y alegría al mundo. Tiempo de floreal. Y en el campo de Castilla, para liturgia del Corpus, crece el cantueso. Vísperas de la alegría sacramental. Y en vísperas, irá la juventud española a ofrecerle al viejo Cardenal la humilde flor, renovada cada estación. Que esa sea aquel día nuestra ofrenda: Humildad y orgullo (las mismas de la flor) que rapta al falangista para la gloria, con santo orgullo y santa humildad si cae muerto. Morado el cantueso de pena. Angustia por España, pero alegría, alegría, hasta en la muerte que es morir por la primavera, irresistible y castellana.

Primavera de azules y azules. Juvenil y uniformada de azul, España. Si el Cardenal nos habla, si nos pregunta quiénes somos, decirle: ¡Estamos aquí Cardenal, celebrando en tí la Universidad y la milicia! Tú sabes si somos o no somos las que tú creastes. Tú sabes si somos o no somos capaces de jugarnos la vida por tu gloria y la gloria universal de España. ¡Estamos aquí presentes, Cardenal, porque otra vez el tumulto de Castilla se enciende y otra vez tiene que mostrar, por España, cuáles son tus poderes!

«Tenemos que hacer que cada español sienta su función y que se dedique a ella, manteniendo siempre jerarquía y disciplina».

La poesía del trabajo y de las Milicias

«En el principio era la poesía y la poesía era con nosotros». El verso, la armonía, la perfección, el estilo.

Alboreamos a la edad de hierro de las montañas rocosas de la reconquista de Asturias con estrofas cuaternas de vidas de santos y rimas dulces de serranillas alegres. Amanecemos a la edad de plata de la reconquista interior y de las luchas contra los moros, ensanchando Castilla con prosa rimada del Caballero, que «era tan buen vasallo... aunque no hubiese buen señor». Y al llegar al cenit de la primavera de oro, vamos descubriendo mundos, conquistando reinos y creando el imperio español del amor con lanzas y remos; lanzas de nuestros tercios invencibles e invencidos, remos de nuestras naves descubridoras; lanzas y remos de los versos patrios de Garcilaso, Lope y Calderón y la prosa única de Cervantes, Vives y Nebrija; con armas y letras; trabajo y espadas... y una cruz romana, grande y de piedra, que era en la paz de los caminos torcidos «hermandad de trabajo».

La grandeza grande de nuestra historia imperial no ha sabido la monotonía del prosaísmo. Imperio de poesía. Impetu y fé. Amor y ardor. Hierro y fuego. Eso fuimos en el Imperio del mundo.

Cuando caímos en la prosa populachera, bastarda y «extranjera», empezó el derrotero largo de desastres y la cadena enorme de impotencias. Luchamos como héroes, pero no con versos de espadas toledanas, que rematan con la cruz derecha y de dos brazos de la roma imperial y católica ni con los remos derechos también y que también formaban cruz romana con los cuerpos de las naves descubridoras y conquistadoras; —aquellas que ya no existen, porque las quemó Cortés y las destruyó el mar embravecido, tronchando las ramas de aquel árbol, que no ha vuelto, pero que volverá a dar ramas nuevas cargadas de mejores frutos—. Y no pudimos ya sostener el Imperio del amor. Y nos faltó coraje, valor, espíritu, catolicidad para conquistar otro mundo por el amor y para el amor del Imperio español.

Así, hemos llegado a carrera desbocada al rojo del pasquín y al turbio de la arenga de odio.

Para volver a reconquistar la unidad de España primero y primero también la unidad del Imperio, nece-

sitamos del trabajo cobijado a la paz de la anciana, eterna y única artesanía de los conventos—avanzadas de reconquista y remansos de quietud espiritual—y de las espadas recias, templadas en forjas castellanas y que rematan en la cruz de los dos brazos derechos y romanos.

Trabajo que es reconstrucción de armonía, de paz, de perfección de estilo, de constancia constructora en el «destino universal». Y espadas. Que sólo una milicia espiritual y guerrera, pero milicia de amor, de juventud y de muerte, que luche con las estrofas de oro de una esperanza de catolicidad, con la constancia plena de espíritu y de músculo y con el fuego ardiente de una virilidad del que se sabe único salvador, con el fanatismo de la muerte, sabe y puede triunfar. ¡Morir! Morir por un partido, por un hombre, no merece la pena, pero morir por la patria para salvarla y para salvarnos; morir a manos de cobardía traicionera para salvar

a los mismos matadores... ¡qué bello es saber morir así! ¿Y no es esto poesía, poesía perfecta de la «unidad de destino de una patria eterna»?

Para que luego vocean los charlatanes de ambiguas libertades soñadas y de igualdades imposibles; que España se redime y se salva con prosa de pasquines rojos y arengas de odio, que provocan revoluciones destructoras del individuo, de la familia y del estado. La Patria se redime con la ascética de la vida dura de la milicia y la constancia en la tarea, que es la poesía del trabajo en el campo y en los talleres, bajo la mirada tutelar de unos ejércitos aguerridos y en orden, tendida la esperanza del triunfo a la necesidad de la Patria unida en la necesidad del Imperio, con ofrecimiento leal, desinteresado y entero a la muerte de amor que redime y salva hasta a los mismos matadores.

¿Y no es esto poesía, poesía de oro, de juventud—sólo la juventud es oro puro de ley—poesía de ardor; de hierro y fuego; de sacrificio y de triunfo; poesía de muerte de amor?

La tierra para el que la merece

He aquí un aspecto del problema agrario, que por su extremada gravedad requiere un profundo estudio, antes de llegar a decisiones definitivas. No hay en este pequeño artículo ningún deseo de brindar con unos cuantos tópicos a la demagogia pieza alguna que pueda servir de banderín de enganche, al estilo chabacano característico de nuestros políticos que ante la eventualidad de unas elecciones son capaces de todas las mayores farsas y desvergüenzas.

El problema del agro español, que es nada menos la vida del setenta y cinco por ciento de nuestra población jamás se ha querido estudiar dentro de un sentido nacional y justo, pues si de él alguna vez se han ocupado nuestros políticos y gobernantes ha sido para cazar incautos que sirviesen a los intereses de partido, pero no ciertamente a los agrarios. Las izquierdas siempre han mirado la propiedad rural con deseos de venganza y sus promesas han sido siempre de quitar a unos para dárselo a otros. Las puras doctrinas marxistas llevan como finalidad la de que el Estado sea el único propietario de la tierra.

Y si a tantos disparates añadimos el concepto egoísta de las derechas, que

Nuestra fe se adquiere con fatiga, nuestra esperanza con fatiga, nuestra prudencia con fatiga, nuestro ímpetu con fatiga, nuestra justicia con fatiga. Pero sólo después de esta gran batalla tendremos una gran victoria.

quieren conservar las cosas como estaban admitiendo solamente algunos pequeños toques (claro es que a su

gusto, pensando que así seguiremos viviendo todos alegres y felices, se llega a comprender perfectamente todos los desastres que en tan importantísimo asunto como es el de la tierra estaba sufriendo el resignado pueblo español.

Nuestro Movimiento combate al latifundio que predomina en algunas regiones de España. Pero antes de proceder en su día al reparto de tierras en forma justa y equitativa, hay que tener muy en cuenta que no se puede juzgar por igual al problema de la tierra en las distintas y variadas regiones de nuestra Patria.

Hace falta para desarrollar con éxito tan importante asunto, capitales útiles rurales de todo género, metódico abonado para las tierras, caminos, aguas potables, servicios públicos suficientemente desarrollados y, unido a otras muchas cosas, un crédito agrícola generoso y bien organizado así como intensificar los riegos.

La transformación de la propiedad rural tiene que ser precedida de una gran preparación técnica en todos los terrenos sin olvidar que tan importante transformación tiene que ser necesariamente lenta, gradual y costosa. No puede realizarse tumultuosamente, so pena de ir al desastre, que por desgracia se ha comprobado, al ponerse en práctica las leyes de reforma agraria.

Hay que llegar a que el mayor número posible de ciudadanos disfruten de la propiedad de la tierra, pero ello con método. pues si bien somos enemigos de los latifundios, también lo somos del excesivo fraccionamiento de las tierras. Es disparatado que un agricultor tenga sus pequeñas heredades dispersas a los cuatro puntos cardinales, ya que así no pueden ser bien atendidas y entre ir y venir pierde su tiempo. Hay que tratar por medio de cesiones o permutas a que el labrador tenga sus tierras unidas y lo más próximas a su casa. Claro que en su día se hará indispensable establecer un límite jurídico de divisibilidad y reformar el derecho de sucesión.

Sería injusto el dejar de reconocer que las grandes haciendas debidamente explotadas no siempre son malas, sino que en muchos casos son necesarias, pues con un costo mínimo producen un rendimiento máximo. No son susceptibles en muchos casos de ser divididas sin aumentar su coste o disminuir su rendimiento con grave daño social. Por otra parte, las gran

des haciendas permiten el cultivo de los terrenos periféricos con utilización de la mano de obro senil, femenina e infantil.

Pero si bien son merecedoras de respeto y estímulo aquellas haciendas debidamente explotadas, no sucede lo mismo con aquellas tierras que sistemáticamente vienen siendo arrendadas. En esas tierras, siempre que sus condiciones lo permitan, hay que establecer para siempre (indemnizando lo que sea justo a quienes acrediten haber sido propietarios de ellas) a aquellos que año tras año vinieron trabajándolas. Si se trata de grandes fincas expropiables, su explotación debe hacerse cooperativamente, pues así se puede llegar a explotar más completamente los distintos aprovechamientos que puede tener una gran finca. Pero en ese caso hace falta que el organismo cooperativo que se haga cargo de la hacienda posea los elementos técnicos, administrativos y económicos, precisos para que su explotación, muy lejos de originar un retroceso, se pueda hacer en buenas condiciones para la economía nacional.

Hoy por hoy tenemos que contentarnos con ir divulgando nuestras doctrinas salvadoras demostrando en forma práctica nuestra clara comprensión del alma humana. Perfectamente, con la más clara visión, nos explicamos la íntima comprensión que existe entre el individuo y la propiedad; por ello hay que fomentar la pequeña propiedad y decir claramente a los que quieren y no quieren oírnos que la tierra no es reino preparado para satisfacción de los bajos egoísmos del hombre. La propiedad es la realización del más sano individualismo, capaz de dar al hombre la posibilidad de desenvolverse para sí y para la colectividad.

Si a un hombre se le concede un pequeño pedazo de tierra en que pueda labrar su huertecillo y ve que esta tierra le paga con creces sus esfuerzos cotidianos, ese modesto labrador sólo así descubre su personalidad de hombre y de ciudadano. Le veréis como con desvelos trata a esa tierra cual si fuese una criatura suya, y entonces ya ese hombre no será un enemigo de la sociedad sino su más firme sostén.

Pues bien, con ese amor y con ese cariño que pone el hombre en su terruño, queremos hacer nosotros la gran obra del agro español. Y porque somos nosotros los únicos que lo comprendemos y sentimos, tenemos

como no ha tenido nadie la asistencia ciudadana, que nunca falta a quienes caminan con paso firme y decidido hacia el renacimiento de una España unida e inmortal.

HIMNO

Paso a Falange, nobles Patricios!
Paso a la herencia del avatar...
que en juveniles ansias heroicas
es nuestra gloria resucitar!

Haz apretado, vuelo de halcores,
somos la fuerza, gloria, y alud!
Somos Falange de luchadores,
Mesnada heroica de Juventud!

Honda sentimos, inmarchitable,
la misma esencia de nuestro Cid!
Fecundizando el indomable
valor intrépido del Adalid!

Pues mesnadero fui de mis lares;
frente a las hordas terror del Islám;
y en Flandes e Italia legionario
y rey de dos mundos me hizo el afán.

Sobre ruinas reconstruimos
la España heroica que grande fué;
y enarbolamos en sus alturas
la vieja enseña de nuestra Fe.

Harto profunda la fe sentimos!
Fe en la Estirpe que nos diera ser!
la fe de bravos conquistadores;
la fe de nuestro propio valer!

Arcana fuerza siento en mí,
y me acogí
al puesto que tengo aquí!

Con la sonrisa de primavera
busco la gloria que me espera!
Arcano valor tendré!
Venceré!

Heroicamente triunfaré!
Arriba Escuadras! A vencer,
que la Patria ya torna a renacer!

Paso a Falange, nobles Patricios!
Paso a la Herencia del avatar!
Que en juveniles ansias heroicas!
es nuestra gloria resucitar!

La Juventud, los "mayores" y la Falange

La tragedia de la mayor parte de los que militan en las filas de la Falange ha sido el choque con la familia. Precisamente nosotros, los defensores de la familia como la más real y exacta de las asociaciones humanas, como primera célula de la organización del Estado, hemos tenido que ver con verdadero dolor la actual formación de la familia y censurar aquellas viejas tradiciones familiares.

Es la tragedia de nuestra juventud. Se ha desarrollado hasta ahora la vida en un ambiente burgués, cómodo y ramplón. Nuestro padre solía ser un buen amigo del orden, liberalote y magnífico discudidor en la mesa del café. Acostumbrado a la política, parlamentaria, tranquila y mullida, no quería comprendernos, y en su loco amor por nosotros, no concebía el que podíamos dejar las comodidades y placeres de nuestros veinte años—o nuestros quince, o nuestros veinticinco—por rompernos el alma por las calles.

Todos hemos vivido aquellos primeros días en los que el padre se enteraba... Pero muy pocos habrán sido los que hoy no continúan.

«Eres un chiquillo», decía una y otra vez. Los hijos son siempre chiquillos para sus padres. Y nosotros salimos a la calle con el convencimiento de que tal vez lo seamos en verdad.

«Estudia», nos decía la voz paternal, y sabemos que nuestro deber es estudiar. Y cumpliendo con él, estudiamos. Pero en la calle había muchas cosas que nos repugnaban, que nos hacían vibrar de indignación. Y ante ellas crecíamos, crecemos y de chiquillos pasamos a ser hombres. Somos hombres, y nuestros puños han hecho caer a muchos. Al fin y al cabo, la calle tiene grandes atractivos como campos de batalla.

Se ha realizada la metamorfosis. Cuando volvíamos a nuestras casas éramos de nuevo los chiquillos revoltosos: volverían a llover sobre nosotros: las consabidas reprimendas; pero nos quedaba una gran satisfacción al ver nuestro puño dolorido, recuerdo de otras más doloridas mandíbulas.

Sabíamos luego que nuestro padre se mostraría sinceramente orgulloso ante las gentes por la actitud de su hijo, que sentiría vivamente no tener los años del muchacho para salir a la calle con él y demostrar hasta dónde es capaz de llegar un hombre por el cariño de su hijo. ¡Si no fuera así, no podría ser su padre!

Nuestra vida de ajeteo diario, de excitación continua, llenaba a los padres de sobresaltos y de miedo. Nuestro propio cariño nos obligaba a engañarles con ese engaño dulce, sin que nuestra conciencia se encontrara relajada por la acción.

La madre es santamente egoísta. ¡Por algo es madre! Pero es también quizá más heroína—con la heroicidad de la mujer espartana—y por el temor a que en nuestra lucha pudiéramos desaparecer, nos suplicaba, lloraba, a veces. Y nosotros, con el corazón dolorido, le decíamos: «De verdad, tranquilízate; vamos al cine».

Pero estábamos seguros de que nuestros padres sentían el verdadero orgullo de que, llegado el momento, nos sacrificásemos por nuestro ideal, y cuando regresábamos a la casa, después de acción violenta, nuestros padres lloraban y amenazaban; pero en el fondo de su alma daban gracias a Dios de haberles dotado de un hijo con dignidad de español y con dignidad de hombre.

Ellos son padres.

Su deber, o al menos su querer, es no dejarnos; es cuidar de nosotros, procurar que no nos pase nada. Pero nosotros somos hijos, y nuestro deber es escucharles; pero no obedecerles, en la seguridad de que con ello los glorificábamos y ensalzábamos.

Después teníamos que soportar a todos nuestros parientes, más a menos lejanos.

El tío socialista o socializante, nunca discutía con nosotros. Nos miraba con una sonrisa y una mirada de superioridad, que era la más completa expresión de la incompreensión, para decir:

«¿Qué sabes tú lo que eres? Si eres un niño».

Pero nosotros, que sabíamos que él era socialista porque tuvo un nego-

cio con cierto diputadillo o por algo parecido, interiormente lo despreciábamos con infinito desprecio.

No faltaba tampoco el pariente gordo y de una cierta edad y un cierto dinero, que demostraba algún interés por la Falange, y preguntaba con aire interesado algunos detalles y que acababa diciendo con una sonrisa patriarcal:

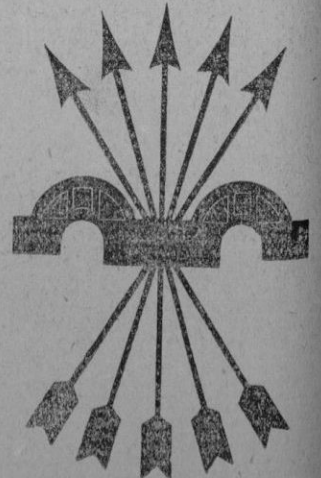
«Bueno, bueno; todo eso está muy bien. A ver si acabáis con toda esa chusma y podemos vivir tranquilos».

Pero nosotros interiormente pensábamos: «Te equivocas, amigo; con nosotros tendrás que sudar tanto como con los socialistas. No creas que venimos a hacerte el caldo gordo; a que sigas llevando tu vida de burgués». Claro que esto lo decíamos para nosotros.

Y así todas. Todos los días oímos repetido, innumerables veces: «Son chiquilladas». «Ya se les pasará». «Son muy chicos todos».

Al principio nos amargaba al oírlo. Después nos regocijaba. ¡Oh, sí! Somos chiquillos. Nuestros puñetazos son de de chiquillo aunque hacen bastante daño. Nuestros actos son chiquilladas, y ahora que que estamos terminados con el marxismo, a costa de nuestra sangre de chiquillos, nosotros seremos precisamente los «mayores» los que vendrán a derribar nuestra obra. Serán los otros chiquillos los que derriarán el mundo, y si los «mayores» se horrorizan y rasgan sus vestiduras tanto peor para ellos.

Y estamos seguros que sobre nosotros estará siempre la sonrisa de satisfacción y de orgullo de nuestros padres, que son quizá, los únicos que en el fondo nos comprenden.

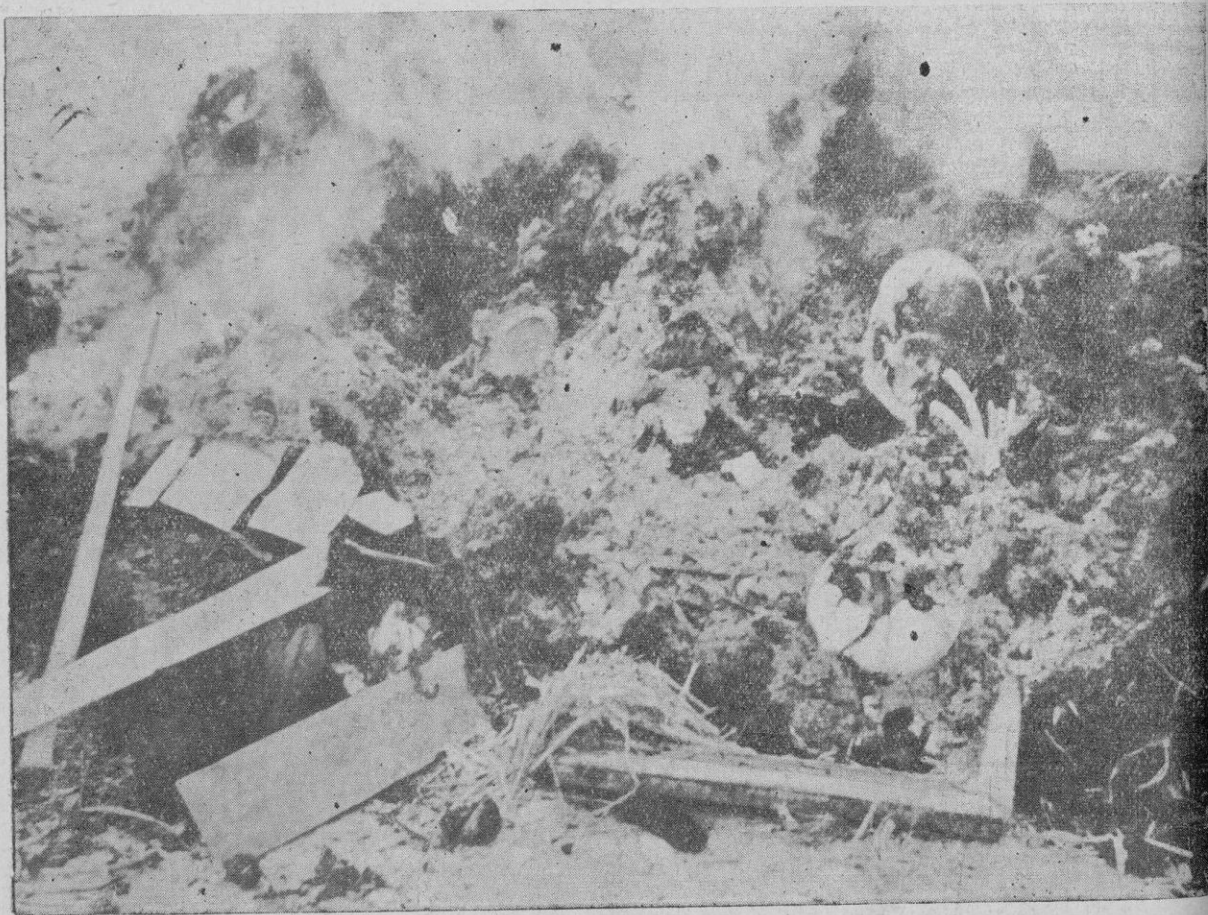


El capitán Bayo



Una muestra del buen humor de nuestras tropas a su regreso del frente tras el reembarque del enemigo

La columna de Baleares



He aquí los macabros restos de la llamada «columna de Baleares» que dejó en tierras mallorquinas los despojos repugnantes de su derrota